

Las juergas flamencas de Félix del Valle

El escritor Fernando Iwasaki comienza con el artículo que sigue una serie dedicada a ilustres viajeros que tras visitar nuestra ciudad escribieron libros sobre ella, como Francis Carco o Cunninghame Graham

POR FERNANDO IWASAKI

A veces, cuando pienso en otros escritores peruanos que se han sentido en Sevilla como en su casa, no pienso en Mario Vargas Llosa, que aquí siempre ha sido recibido en olor de multitud; ni en Alfredo Bryce, que en sus Antimemorias escribió unas páginas memorables sobre la Feria de Abril; ni en Felipe Sassone, que inauguró con su compañía de comedias el teatro Lope de Vega; ni en Ricardo Palma, que con ocasión de los fastos del IV Centenario del Descubrimiento recorrió conmovido los jardines del Alcázar; ni en Pablo de Olavide, que hizo la reforma de la Hispalense y hasta llegó a ser intendente de la ciudad; ni en el Inca Garcilaso de la Vega, que desde su exilio cordobés apuntó que Sevilla tenía la majestad del Cuzco de los incas y el esplendor de la Roma de los papas. En realidad, cuando pienso en un escritor peruano herido de melancolía por Sevilla, siempre pienso en Félix del Valle.

Aficionado a la noche, los toros y la literatura, Félix del Valle fue uno de los animadores de las célebres revistas *Colónida* y *Amauta*, y antes de marcharse para siempre del Perú publicó *Prosas poemáticas* (1921) y *El libro de los toreros* (1922), donde teorizó acerca del toreo de Belmonte y Joselito. Instalado en España desde 1924, Félix del Valle vivió a caballo entre Sevilla y Madrid, frecuentando tertulias, colaborando en periódicos y trasnochando en los cafés cantantes. Así, en 1928 ganó la primera edición del premio de artículos «Antonio Zozaya» con una crónica sobre Sevilla y poco tiempo después apareció su único libro editado en España, *El camino hacia mí mismo: Tres novelas frívolas* (Editorial Ulises. Madrid, 1930), dentro de una colección donde los demás autores se llamaban Rafael Alberti, Francisco Ayala, Rosa Chacel, Pedro Salinas y Ramón Gómez de la Serna, entre otros.

Félix del Valle no fue neutral mientras duró la II Repú-

blica y mucho menos durante los años de la guerra civil, por lo que emprendió el camino del exilio junto con los demás vencidos de aquella hecatombe fratricida. Su destino fue Buenos Aires, donde colaboró como crítico teatral y publicó los libros que interesan para una biblioteca de apócrifos sevillanos: *Sevilla* (Schapire, 1941) y *Juergas en Sevilla* (Schapire, 1947). Ahí están sus acuarelas de la Feria de Abril, sus apuntes taurinos, sus viñetas de *Semana Santa* y el aguafuerte de sus memorias bohemias, pero sobre todo sus teorías sobre el cante, la guitarra y el baile flamenco, expresiones artísticas que lo he-

chizaron sin remedio y para siempre.

Toda la obra de Félix del Valle parece perfumada de poesía y literatura, de flamenco y sevillanía. Sin embargo, a pesar de ser contemporáneo de la revista *Mediodía* y de la Generación del 27, Félix del Valle no menciona a los poetas que Ignacio Sánchez Mejías invitó a su balcón para escuchar las saetas que la «Niña de los Peines» le cantó a Nuestro Señor del Gran Poder: «¿De qué abismo salía aquella cascada de dolor? ¿En qué abismo desembocaba? Realmente, trasfundía la pena de Cristo. Realmente, el cuello os apretaba demasiado. Realmente habían aparecido en nuestros ojos lágrimas. ¿Desesperación de saber o desespe-

ración de ignorar? Nadie podría, sinceramente, afirmar nada. Sin duda, magno homenaje a lo Desconocido, que os hacía olvidar las tentaciones, seguridades y deliquios que la vida material brinda... Y, en último caso, predominio insistente de un molesto y grato deseo de rezar, de llorar, de morir» (Sevilla, pp. 48-49).

«Sevilla parece una navaja curva: filo, gracia, brillo, peligro. Sus calles son medias lunas, gajos de naranja, caderas de mujeres que hubiesen estabilizado sus posturas más jacarandosamente sensuales»

En el pórtico de «La señorita París-Sevilla», una de las tres novelas frívolas de *El camino hacia mí mismo* dedicada a una bailaora flamenca, Félix del Valle cincela a Sevilla en unas pocas líneas que no me resisto a transcribir: «Sevilla parece una navaja curva: filo, gracia, brillo, peligro. Sus calles son medias lunas, gajos de naranja, caderas de mujeres que hubiesen estabilizado sus posturas más jacarandosamente sensuales. La Giralda es a la par la gran peineta y la gran mantilla de la ciudad. En sus arabescos, en sus caladuras, la luna bruja incrusta perlas-lágrimas de nostalgia mora. Vista desde el aire, se puede dibujar con la topografía de la ciudad, desde una guitarra inmensa hasta el gráfico de un cambio de monedas. En Sevilla, la tierra ha bailado, retorciéndose hasta el delirio, y se ha quedado quieta de pronto. Por eso las estrellas son castañuelas de plata, alamares de cristal, que animan para la juerga este gran cuerpo moreno, adornado de nardos olorosos, que la noche estremece de coplas doloridas, en las que se canta con desesperada alegría a la vida, con una alegría que se funda en esto, en aquello, en nada, y que llora, deseándolo, por el único alivio eficaz e inevitable: la muerte» (p. 79).

Cada vez que releo a mi paisano Félix del Valle, me asombra corroborar cómo comprendió a cabalidad los contrapuntos de Sevilla —sus estrépitos y sus silencios, sus esferas profanas y sagradas, su rostro más risueño y su semblante más trágico— y cómo supo diseminar ese conocimiento a través de sus crónicas, ensayos, novelas y memorias. Por eso, cuando pienso en algún escritor peruano que también haya sido feliz en Sevilla, siempre pienso en Félix del Valle, ese peruano transterrado que desde el otro lado del Atlántico escribía sobre una felicidad perdida que solamente disfrutó en la Feria de Abril, en las tardes soleadas de la Maestranza, en las madrugadas ateridas de la *Semana Santa* y en las juergas flamencas de Triana y La Alameda. Después de abandonar el Perú, escapar de España y confinarse en Argentina, Félix del Valle emprendió la marcha hacia el último de sus exilios: el olvido.

Aseguran los diccionarios que Félix del Valle nació en Ica en 1892 y murió en Buenos Aires en 1950. Que conste, al menos, que donde realmente vivió fue en Sevilla.



En la imagen superior, portada del libro «Juergas en Sevilla» de Félix del Valle, editado por Schapire, que se ilustra con una mujer luciendo una bata de cola en medio de un cielo estrellado